

Los CoNTEM poRa nEoS

Cuando veo en la pantalla de "Veinticuatro horas" que el presentador, señor Sánchez Ocaña, inicia una sonrisa, siento helárseme el corazón. ¿Qué catástrofe irá a enunciar? A veces, uno respira. La catástrofe es menor. Solamente es que el ministro de Agricul-

tura, señor Allende, ha comparecido en las Cortes con unas muletas, como consecuencia de un accidente deportivo. ¡Vaya por Dios!, como dijo un día el señor Sánchez Ocaña al comentar el horrendo hundimiento de una mina, un suceso de muchos muertos. Teniendo las piernas del señor Allende una importancia considerable menor que su cerebro para el desarrollo de la agricultura, y siendo un valor abstracto infinitamente inferior a otras piernas nacionales, como las de Antonio o Mariano Haro, la noticia no era grave. Pero al tratarse de un ministro, el señor Sánchez Ocaña creyó, sin duda, muy oportuno dedicarle la sonrisa que generalmente reserva para las grandes tragedias nacionales y extranjeras.

El caso tiene su importancia, porque no es aislado. Pertenece a una técnica y a un espíritu. La técnica de la sonrisa, el espíritu de la sonrisa. Podrían, los aficionados a las divisiones generacionales, hablar de la generación de la sonrisa. "Sonría, por favor", dice una de las consignas conminatorias adheridas a las ventanillas de los automóviles. ¡Diablos, no quiero! Sonríe cuando tengo motivo, río a carcajadas si la ocasión se presenta, me enfado, lloro si es preciso, doy grandes golpes en la mesa cuando una breve ira se apodera de mí y, en suma, tengo los matices necesarios para responder a los estímulos de la vida. La orden de sonreír me parece extraída de "Un mundo feliz", de Huxley, o de "1984", de Orwell. Es la mueca del "no pasa nada", del "no puede pasar nada". La sonrisa engañosa del médico que se acerca a la cabecera del enfermo condenado y que no lo sabe; la de

la madre que quiere evitar a su hijo que conozca "tan pronto los sabores de la vida", la del héroe de novela que sonríe a su mujer cuando ya por la escalera sube el portador de la letra que no podrá pagar y le arrojara al suicidio (nove-

la de otros tiempos: las letras, hoy, no se pagan ni incitan al suicidio, a no ser al librador). Es, en suma, un paternalismo.

Cuando el señor Sánchez Ocaña se enmarca como un Giocondo en la televisión, su sonrisa no es suya: se la ha pintado un Leonardo superior, invisible. Es la sonrisa de la superioridad, la sonrisa de la consigna. ¿Hay una escuela de la sonrisa en Prado del Rey? ¿Se enseña allí un arte de evasión, un arte por el arte para dar noticias, para informar, para presentar lo que sea?

En un viejo folletín francés, famoso e inolvidable, había un personaje terrible: era "l'homme qui rit", el hombre que ríe. Tampoco su sonrisa era suya: era consecuencia de un accidente, de una cicatriz que le había abierto la boca de oreja a oreja. Todas las desgracias que le sucedían, todas las venganzas que tenía que realizar las hacía con esta mueca en la cara. No nos dejemos causar esta cicatriz de la sonrisa. La sonrisa es nuestra, y la risa, y el llanto. Que se nos permita administrar el movimiento de nuestros músculos faciales, y que se nos permita expresar nuestro descontento, nuestro enfado, nuestra cólera cuando sea necesario. La vida está compuesta de catástrofes y de triunfos, de penas y alegrías, y tiene un cierto relieve; no es plana, no es monótona, aunque los países tengan un gobierno carismático, una situación imperfectible, una moneda estable y un río de turistas en las puertas del verano. Que nos quede, por lo menos, la facultad de angustiarnos con las catástrofes del extranjero. ¿O es que debemos sonreírnos de que siempre pasen en el extranjero?

«L'HOMME QUI RIT»

POZUELO



Hitler, en 1934, durante la celebración del Día del Partido en Nuremberg.

ALEMANIA FEDERAL

EL REGRESO DE HITLER

Veintiocho años después de su autodestrucción en el bunker de Berlín, su rostro está ahora en los quioscos de periódicos y en las pantallas de cine.

¿Qué aspecto tendría Hitler si viviera ahora? ¿Es posible imaginárselo como un anciano de ochenta y seis años? Los hubiese cumplido el 20 de abril. Los nazis alemanes habían encontrado una forma resonante de celebrarlo: secuestrando un avión para canjearlo por el prisionero de Spandau, Rudolf Hess, el lugarteniente de Hitler. Falló.

Pero de una curiosa manera, Hitler ha revivido en Alemania Federal: por medio de una película, una coproducción anglo-italiana, titulada «Hitler: los últimos diez días». ¿Quién podía ser Hitler sino Alec Guinness? ¡El hombre de las mil caras! Alec Guinness ha ganado el título de sir cambiando de rostro en cada película, y en algunas varias veces. La ver-

dad es que siempre se ha visto a Alec Guinness debajo del personaje, y eso es lo que gusta. No en este caso. No se ve a Hitler, sino a Alec Guinness, y ello parece que causa un cierto malestar. En general, la película ha inquietado. Los veintiséis cines que la proyectaron el día del cumpleaños del Führer estaban llenos. El público salió silencioso. Los mayores, los que recordaban a Hitler vivo, entendían que la película no había captado ni la figura real ni «el aura a la cual sucumbieron millones de personas», como escribe «Die Zeit», en Berlín, o la «magia negra» de Hitler, según una espectadora preguntada por un reportero de la United Press.

«Hitler ha vuelto — escribe "Der Spiegel" —. Veintiocho años des-